



II «mistero del corpo parlante»

Le «mystère du corps parlant»

O «mistério do corpo falante»

The «mystery of the speaking body»

El «misterio del cuerpo hablante»

Variaciones lacanianas

Freud:

1. Aquella que pertenece a la parte femenina de la especie humana se define por haber sido castrada (ella ha visto, ella ha juzgado). Su relación a los otros y al mundo se determinará pues por la búsqueda de eso que le falta y según todas las vías posibles
2. Por otra parte, como mujer propiamente hablando, ella es bien misteriosa, incluso inquietante. A Dios gracias, no le está prohibido ser también un hombre...es decir si entramos en la definición que damos de ella, que le impone posicionarse como castrada.

Lacan:

1. La parte masculina de las mujeres no ofrece ninguna duda, puesto que ellas hablan, con todo lo que eso implica: la demanda, la castración, el deseo y su significación fálica, etc
2. La parte femenina de la especie *hablanteser* (*parlêtre*) es aquella que se define por no estar castrada (ella ha visto, ella ha juzgado). No faltándole la cosa a ella, no hay palabra que simbolizase su ausencia.
3. Así:
 - “La” mujer no existe, puesto que ella no es inscribible bajo ningún significante.
 - La relación a la mujer es imposible de escribir, puesto que ella misma no es inscribible.
 - La relación a la mujer, es el otro nombre de la relación sexual.
4. “Un” goce femenino existe. Se experimenta, se constata, pero no puede decirse. Más precisamente, puede afirmarse como tal, pero no puede decirse nada de él. Si este goce femenino pudiera decirse, se podría cualificar, decir de él que es como....; como por ejemplo eso que se experimenta cuando uno se estremece de placer por una caricia, mucho mas aumentado, por cuanto la caricia recae sobre el órgano mas sensible del cuerpo. Además, este goce femenino no puede decirse “el” goce femenino, puesto que no puede ser definido, a falta del significante que lo represente.
5. Si este goce no puede decirse ¿puede al menos ser comparado?
Sus manifestaciones ciertamente. Pero ¿cómo estar seguro de la constancia de la relación de sus manifestaciones con lo que él es realmente, en tanto experimentado?
Para una mujer en particular, es necesario remitirse a lo que ella dice. Y en efecto, cada una

puede decir si el goce que ella ha experimentado ha sido más o menos intenso, en relación a una vez precedente tomada como referencia. Es lo mismo que decir que es necesario crearla...

Y de una mujer a otra ¿qué otra cosa puede compararse que las manifestaciones de sus goces, puesto que el de cada una no puede ni decirse ni cifrarse, es decir no puede prestarse a medida “objetiva”?

6. “Objetiva” reenvía aquí por una parte a la ciencia moderna, aquella que se funda en la escritura matemática que “no es más que la sustitución de un número cualquiera de *unos* por lo que se llama *una letra*”, es decir una constante que permite el cálculo (*Aún*, p 157); “objetiva” reenvía por otra parte al objeto *a* del fantasma, que es la unidad de medida del placer: un placer que vale tantas mamadas, tantos florines; que vale tal vez incluso un número inconmensurable de mamadas y de florines!

7. Se constata, además de que se experimenta, que este goce femenino, si bien puede ser activado del mismo modo “objetivo” que en el hombre, no pasa necesariamente por esa vía. Puede ser accionado de maneras muy diferentes, a veces incluso sin contacto físico. Funciona de un modo diferente que en el hombre, y con independencia de él. ¿Cómo entonces?

8. ¿Que no pueda decirse le impide responder a una ley que podría enunciarse – le impide entonces ordenarse? ¿saben ellas lo que les hará gozar, aún? Parece que no, mediante lo cual ellas saben que no pueden asegurar nada. Es justo, desde el punto de vista fálico, que a cambio ellas se sientan injuriadas.

9. Que a su manera el goce femenino existe (ex - siste), de acuerdo. ¿En qué importa eso? ¿Y a quién?

- Que eso importe a las mujeres puede comprenderse, puesto que ellas son misteriosas para ellas mismas. A condición de destacar que eso no les importa mas que en el caso que no les baste con experimentarlo, cuando quieren además despejar una parte de ese misterio, saber alguna cosa; por tanto si ellas son histéricas, es decir si se interesan en el asunto desde el punto de vista del hombre.

- En el caso del hombre, si él tiene su formalización matemática, su ecuación objetal, fantasmática, que cifra su goce ¿porqué y cómo le cosquillea aún este goce otro?

La cuestión es tanto más pertinente cuanto que eso que hace al hombre interesarse en el cuerpo de una mujer se explica suficientemente por el hecho de que ella está para él, a imagen de la madre, castrada. Es decir que ella no tiene misterio, puesto que la relación con la madre se inscribe dentro de la referencia supuesta común al objeto. El hombre puede entonces, *quoad matrem* (*Aún*, p 47), inscribir a las mujeres que puedan ser apropiadas en su ecuación fantasmática, aquella que le pone en condición de ofrecerle el objeto que le falta, permitiéndole así afirmarse como tal.

10. Si todo hombre, así como la parte histérica de cada mujer, se interesa por el goce femenino y responde por medio del fantasma ¿a quién puede continuar interesando, quién puede hacer enigma de el, darle una función de causa?

A los mismos desde luego: a las mujeres porque ellas saben que ofrecer su cuerpo como equivalente del objeto *a* las deja en apuros, sino en suspenso; a los hombres (y la parte histérica de las mujeres), puesto que ellos saben que una equivalencia no es una identidad.

El hecho de que estos últimos hayan respondido al enigma por medio de su hipótesis objetal, respuesta que les asegura una cierta estabilidad en su mundo y en su modo de satisfacción, no dice porqué la diferencia como tal ha planteado problema para ellos, problema que necesita una solución – dicho de otro modo, porqué la diferencia les ha afectado en su cuerpo –angustia –

hasta el punto de poner a esta diferencia al trabajo del significante : inconsciente.

11. En el *hablanteser* (*parlêtre*) se revela que la diferencia introducida por la palabra afecta; y que el afecto incomoda a la palabra en forma de pregunta sobre ella misma, sujeto entonces. Es que la diferencia no es introducida como tal más que por el significante. No por medio del significado y la significación propia de cada palabra, que no existe, sino por el significante, en tanto que se define como distinto de todos los otros. *Motérialité* de la lengua (*lalangue*), dice Lacan. El significante, estando en el lugar del Otro, de donde le llega al *infans*, se escribe sobre el cuerpo como diferencia de goce, angustia entonces. Y la respuesta fantasmática no será más que un tapón de sentido, *mi-rage* (rabia a medias / mirage= espejismo) del sentido último del falso-ser.

Esta diferencia ¿cómo definirla entonces, es decir, cómo llegar al final del afecto que ella suscita o al menos canalizarlo? ¿Podemos decir que al igual que en la relación sexual, la diferencia no es de ningún modo inscribible, que toda tentativa de hacerlo no puedo sino repetirla? Ciertamente, pero también transformándola, puesto que hablando “*je*” (yo) pongo en función el objeto supuesto abolirla y transformo así la angustia en afectos más soportables.

La palabra - venida del Otro -, introduce e imprime sobre el cuerpo la diferencia, lo real. La diferencia se hace a su vez palabra y pregunta. De una generación a la siguiente, la pregunta se reproduce y la palabra se transmite. ¿Quién comenzó? ¿Y para decir qué? Misterio de una vida que no se reproduce sino por la intromisión del malentendido... (*Aún*, p. 146)

12. El cuerpo es afectado por la lengua (*lalangue*) y de golpe es hablante; el cuerpo es hablante y de golpe afecta a otro cuerpo. Así, por ser hablante, el cuerpo puede querer retener a otro cuerpo y contar con el para responder de su ex - sistencia. ¿No está ahí “eso que retiene invisiblemente a los cuerpos” (*Aún* p. 113)? No se trata ahí de los cuerpos celestes sino de los cuerpos de los *hablanteseres*: cuerpos no sujetos entonces al acta de la diferencia anatómica visible; cuerpos a los que tampoco sujetos la fórmula gravitacional del fantasma que permitiría el cálculo de su distancia; cuerpos que en revancha retienen “los puntos de impasse, de sin-salida” que la escritura de la lengua (*lalangue*) sobre su superficie cierne, puntos que “muestran lo real accediendo al simbólico”. (*Aún* p. 113)

13. ¿Es obligación para el cuerpo hablante el deber retener a otro cuerpo hablante?

Pareciera que fuese así, puesto que constatamos que los sujetos psicóticos tanto como los neuróticos tienen necesidad de que su palabra sea no sólo proferida sino recibida, incluso si es en una lógica diferente según una u otra de estas estructuras. Todos los *hablanteseres* constituirían entonces el Otro, por la mediación de un cuerpo afectado, como *partenaire*.

Pero la clínica ¿no nos obliga a distinguir el tiempo en que la palabra del Otro se imprime como marca de la diferencia y hace el cuerpo parlante, y el tiempo en que esta palabra reverbera en pregunta que hace lazo al Otro? ¿No es necesario para esto que el Otro, tras haber inscrito la diferencia, la acoja en el dándole sentido?

En efecto, los sujetos melancólicos y los autistas ¿no se caracterizan precisamente por tener una palabra sin destino, cortada de toda demanda a un *partenaire*, de todo objetivo de afectar su cuerpo? Si Lacan ha dicho de los autistas que eran más bien verbosos ¿no se puede decir otro tanto de los melancólicos? Los primeros, por autistas que sean, emiten sonidos, incluso palabras, que se acompañan de forma evidente de afectos específicos; los segundos continúan pensando más o menos en silencio su ser de abyección irrepresentable y experimentando el dolor. Los dos no son pues menos hablantes a su manera. Así, la *moterialité*, por ex - sistente que ella sea, parece ser de entrada una característica de la unidad corporal de la especie *hablanteser* (*parlêtre*), cuando no de su organismo, independientemente de todo *partenaire* posible.

¿Misterio del cuerpo hablante que ninguna anatomía elucidará?

14. A propósito ¿qué relación hay entre el goce otro, femenino, que no accede al simbólico, y la subs(is)tancia gozante del real de la lengua (*lalangue*)? ¿No se trata ahí del pasaje de una teoría relativizada del goce otro a una teoría generalizada? Y en este caso ¿qué queda de la especificidad de la primera? ¿Cuáles son las consecuencias de la segunda sobre la experiencia analítica y su fin?

Quizás en Roma....

Marc Strauss, Paris 23/03/2010

(Traducción: Ana Martínez)